

# EL PORVENIR DEL OBRERO

Núm. 57.

MAHÓN 2 Marzo de 1901.

DIRIGIR LA CORRESPONDENCIA: J. Mir y Mir EN MAHÓN (ISLAS BALEARES)

APARECE CUANDO PUEDE.

## A una madre

Señora:

Mucho me honrais consultándome sobre la dirección que, en materias religiosas, debéis imprimir á vuestras hijas, preciosas niñas en que admiro las felices consecuencias de un matrimonio por amor, al observar cómo se armonizan en sus gentiles cabcitas la inteligencia de su difunto padre y vuestra propia hermosura, llena de bondad. Pero si la honra de la consulta es grande, más grande es todavía la dificultad de satisfacerla cumplidamente. No quisiera que un consejo mío, apasionado ó torpe, perjudicase á esas angelicales criaturas, llamadas, como todas las mujeres, por su propia condición, á desarrollar su vida conjunta á otra que ha de gozar el privilegio de la iniciativa.

Mas hay un punto, al cual os referís, en que mis ideas son claras, precisas, y en que el consejo se eleva á la categoría de precepto. Aunque firme en mis principios y constante en mis ideas, sabéis que no tengo nada de intransigente. Pues bien; después de examinada la cuestión bajo todos aspectos, la viril cerrazón de espíritu, que se llama intransigencia, se da en mí cuando se trata del confesonario con relacion á las mujeres, y, por eso yo, que sería tímido para aconsejaros otras cosas, si pudiera, os mandaría ésta: Jamás llevéis á confesar á vuestras hijas.

¡Jamás! ¿lo oís?

Desde luego, tenéis sobrada ilustración para conocer que la confesión auricular no es de esencia en el cristianismo, sino invención de la Iglesia para dominar las conciencias y explotar la fé en beneficio del poder papal. Prueba evidente de ello es que la Reforma, que viene á representar la reversión del cristianismo, prostituido por la Iglesia, á la sencillez de los tiempos apostólicos, suprimió la confesión auricular y quemó públicamente los confesionarios.

Así, pues, aunque os halleis inclinada como parece, á ceder á la rutina y educar á vuestras hijas *cristianamente*, no hay

porqué las llevéis á confesar, puesto que la confesión no es doctrina de Cristo, sino mandamiento de la Iglesia. Escudriñad el Evangelio, y no encontraréis en él rastro de esta sucia y ominosa inquisición de las almas que se practica en los confesonarios; en cambio, la Historia os enseñará que la confesión fué inventada siglos después de crucificado el Nazareno, por un clero atento sólo á su dominación.

Vuestras hijas, señora, son puras, como todas las niñas de su edad, que han crecido en el regazo de una madre casta é ilustrada. ¿Qué añadiría á su pureza la confesión? —Nada.—¿Qué puede quitarles?—Contestad vos misma, señora, que os habeis confesado.

La confesión viene á ser, á causa de las preocupaciones que pesan sobre el penitente, del aparato con que de rodéa el acto, del poder divino que se supone en el confesor y del secreto que asegura el silencio, una exhibición al desnudo de las almas. El desnudo físico atropella el pudor; este desnudo moral que viene á ser una agravación del físico, hace más que atropellarle, le amancilla. La virginidad inmaculada, como la modestia verdadera, son inconsistentes. La confesión que por lo menos ha de arrancarle esta inocencia á la virginidad, ¿no es una profanación de la pureza infantil?

¡Ah! señora, temblad ante la posibilidad, de que tras la rejilla del confesonario á que lleváseis á vuestras hijas, esos capullos olorosos con el perfume de todas las inocencias (tan fáciles, por el mero hecho de ser inocencias, de dejarse penetrar, registrar y escudriñar), acechen unos ojos libidinosos, atiendan unos oídos groseros y cuchichee una boca impura. La confesión resultaría un estupro moral, y vos, la buena madre, seríais el cómplice voluntario ¡que horror! del estrupador que queda ¡oh escarnio! impune.

¿No sabéis acaso de las mil horribles historias de niñas que, fueron en éstas iniciadas, por torpes ó malvados confesores, en deshonestidades que destruyeron su salud, agriaron su carácter, torcieron su vida ó la lanzaron en la senda del vicio? Si que

habréis oído de ellas; mas sino las conociéis, tomaos la molestia de leer cualquiera de esos libros que son el colmo de la inmoralidad, en que aprenden los presbíteros su oficio de inquisidores de almas. Leedlos y os horrorizareis de los impuestos que han de estar en todas las abominaciones del vicio los que presumen de perdonar con una palabra los pecados mas atroces, y no son capaces de averiguar la más pequeña falta, á menos que cándidamente se la manifieste el penitente,

No vale, señora, en esta cuestión decir que si hay sacerdotes malos también los hay buenos. Todos son hombres. Y quien dice hombres dice tentación, cuando el hombre tiene á sus pies la hermosura virginal, la inocencia ingénuo, el capullo que pugna por abrirse en la primera confesión. De mí, señora, no respondería siendo clérigo y creyente. ¿Cómo una mujer prudente, que aspire á merecer el augusto nombre de madre, podrá fiarse de esa clerigalla incrédula, que pulula por la sacristía en busca de un pedazo de pan que compartir con sus amas, por lo común género averiado y contrabando místico?

Repito que no llevéis jamás vuestras hijas á confesar. De hacerlo, vencidos todos los peligros ciertos que os denuncio; crearíais en ellas una costumbre que no dudo en llamar madre cruel de ese rebajamiento moral que acusan los pueblos católicos. La idea de que una palabra absuelve de pecado, aunque absurda, llega á penetrar el espíritu del penitente, engendrando en él la mas desoladora creencia que cabe imaginar; esto es, que Dios es un juez sobornable y el crimen algo que se resuelve en huecas palabras de arrepentimiento y en una fórmula canónica que ninguna incomodidad cuesta llenar.

Traed á la memoria el infinito número de cuentos, llenos de causticidades contra el clero, en que el ingenio, naturalmente claro y franco de nuestro pueblo, ha vertido su animadversión contra los pícaros hipócritas que anualmente van á descargar el saco de sus culpas á los pies de otro pícaro que los absuelve, y ellos os advertirán, mejor que yo, que la confesión

Provincia de

St. D.



auricular, ó es nada y no debe practicarse, ó es un peligro y debe evitarse, ó es una costumbre corruptora del sentido moral y debe combatirse; en suma, que no debeis llevar vuestras hijas á confesar.

Suponed que alguna de ellas, andando el tiempo, cometiera un desliz. ¿A quién debería comunicar su secreto? Sin duda que diréis que á nadie antes que á su madre. Pues estad segura que si la llevais á confesar, si se acostubra á pensar erradamente que solo al cura, como representante de Dios, se le debe abrir la conciencia, á él irá á confiar su falta, y de vos se recatará. Y es natural. Al llevarla á confesar la enseñais que él puede absolverla y vos sólo podéis consolarla. ¿Cuál debe interesarla más?

Por el contrario, si la educáis en la verdad de que á su madre, como origen que es y sosten de su vida, le debe su confianza toda, si aprende que no hay poder humano superior á vuestro poder, ni derecho comparable á vuestro derecho, ni ficción religiosa que valga lo que vuestra realidad natural, tened por cierto que solo á vos acudirá en sus cuitas y en sólo vuestro pecho depositará sus revelaciones. No irá al confesionario para recrear, á cambio de una absolución vana, las lubricidades de un hombre con los detalles de su pecado, sino que acudirá á su madre con su cuita; á su madre, que si no puede reparar su honor, sabrá recoger piadosa sus lágrimas.

Mas sin hablar de deslices, que os han de apenar aun siendo puras suposiciones, advertid que el confesionario es un ojo y una oreja; ojo que vé, oreja que oye. ¿Qué? Todo lo que sucede y todo lo que se dice en vuestra casa. En vano atrancais vuestra puerta; en vano cubrís de cortinas vuestros balcones; en vano os retiráis á lo mas escondido de vuestro hogar para hablar, para escribir, para contar vuestro dinero, para encerrar vuestras alhajas, para repasar vuestras cuentas. Si llevaseis vuestras hijas á confesar; en lo mas oculto de vuestro hogar os acecharía la Iglesia. Allí, el ojo que mira en el confesionario os leería vuestra correspondencia, os contaría vuestro dinero, repasaría vuestras cuentas. Allí, la oreja que oye en el confesionario oiría vuestros suspiros ó vuestras risas. ¿Os conviene un espionaje de este género? ¿Os parece prudente que un cura sepa lo que tenéis, lo que hacéis, y lo que pensáis? Pues tened entendido que muchos delitos que no tienen explicación, los explicarían los confesionarios si pudieran hablar. ¡Cuántas de esas mohosas rejillas no fueron cómplices de los secuestradores andaluces! ¡Por

cuantas no pasó la urdidumbre de un asesinato! ¡Cuántas no sirvieron de aduana á un robo!

Pero hay más, señora, que debe impedirnos llevar vuestras hijas á confesar. Esos capullos serán rosas mañana. ¡Y hermosas rosas en verdad! Vedlas, de aquí á pocos años, avasallando con sus relampagueantes ojos negros los corazones de los muchachitos que ahora asisten á las clases del Instituto. Vedlas enamoradas, y vedlas también felices en brazos de un esposo digno de su hermosura y de la virtud que en ellas han hecho florecer el ejemplo maternal y las memorias del honrado padre. ¿Sabéis por adelantado si el desconocido esposo de vuestra hija, educado probablemente en las ideas libres de este admirable siglo, enemigo de las supersticiones y de los embrollos teológicos, verá con buenos ojos que vuestra hija vaya al tállamo acostumbrada á confiar sus intimidades á un clérigo? Ved, pues, cómo esta costumbre podría ser origen de matrimoniales querellas, de recelos y desconfianzas; mientras que, si por el contrario, casase con un católico, podría éste tener una prueba más de amor y de obediencia de ella, llevándola por si mismo á confesar. Aunque creo muy difícil que lo hiciera. Católicos ó no católicos todos los casados pueden certificar una cosa, que es el enojo íntimo, la secreta rabia que experimenta el marido cuando sabe que existe en el mundo un hombre, clérigo ó no, en quien pone más confianza que en él mismo la mujer. Por supuesto que hablo de los maridos que son también hombres de honor. De la turbamulta de los predestinados no me ocupo, porque injuriaría á vuestras hijas concediéndoles uno de ellos por consorte.

Una mujer casada que va á confesar, ¿qué puede decir al cura?—¿Algo que oculta á su marido?—Ese algo, si no es un adulterio, son sus prolegómenos. La confesión convierte al confesor en cómplice; ¡cosa peligrosísima para la propia mujer, para el amante, para el marido y para el cura mismo! ¡Cuántos dramas, cuántas tragedias han originado estas estúpidas confidencias á un extraño! ¿Qué mujer será tan incauta que entregue el impuro amor de su corazón y la tranquilidad de su hogar profanado á un cualquiera, que puede rastreramente llamarse á participación en la infamia conyugal, amenazando con una revelación insidiosa del secreto que le fué confiado? Ved amontonarse los peligros con los delitos, señora, cuando la casada es mala y se confiesa.

Notad ahora, cuando la casada es bue-

na que la confesión es un motivo de perpetua molestia para el marido. Hay en el matrimonio intimidades que jamás deben trascender del lecho conyugal, y que la mujer ha de revelar indiscretamente á su confesor, según los mas acreditados preceptistas del género, doctores en inmundicias tan acreditados como el célebre jesuita padre Suárez. ¿La revela? Pues pone á su marido y se pone á sí misma en espantoso ridículo; entrega quizá á un malvado, y quizá á un charlatán, una llave que abre la puerta del templo de sus amores á otro que no es su esposo. ¡Peligro terrible! De aquí que debéis tener como axioma que no hay casado discreto, aunque de muy católico presuma, que no experimente cierto remusguillo de enojo al ver arrojada á su mujer á los pies de un confesor, que es un hombre; y que hareis perfectamente en no llevar jamás, como os tengo dicho repetidamente, á vuestras hijas á confesar.

Con haberos mostrado tantos peligros como hay en ello, aún no os he dicho cual es el mayor para una madre cariñosa, buena é ilustrada cual vos. ¿Queréis saberlo? Pues os lo diré llanamente. El peligro mayor que correrían vuestras hijas, si las llevaseis á confesar, es que os las robaran. ¿Cómo, diréis, robármelas? Sí, señora; robármelas. No sería el primero, ni el segundo, ni el centésimo caso de robo con engaño é impunidad del ladrón que ha acontecido á las madres españolas. Teatro de ellos han sido recientemente Vigo y Salamanca.

La Iglesia, señora, es un ejército que necesita soldados. Los ejércitos de mar y tierra se componen de hombres; pero la milicia eclesiástica, como mas amiga del regalo, necesita también mujeres. Si escasean, se buscan. Si no acuden voluntariamente, como mandan los reglamentos, se las engaña, con lo cual quedan cubiertas las fórmulas y las plazas. Los modos de engañar son infinitos; pero el lugar donde se verifica el enganche es uno solo, el confesionario.

No he de deciros yo los tortuosos caminos que un jesuita recorre para llegar al corazón de una joven, máxime si es rica y puede llevar algunos miles de duros al convento, sembrando en él la mortal ponzoña de un misticismo estúpido, que mata los afectos naturales de la familia y sobre sus ruinas hace brotar los devaneos de unos desposorios fantásticos con Jesucristo. Lo que consta, es que la primera lección que enseñan á las jóvenes que pretenden enganchar en la milicia de Cristo, es una lec-



ción del refinado disimulo para con sus madres, que, el día menos pensado, las ven salir á la iglesia mas cercana y las esperan en vano toda su vida, llorando miserablemente su ceguera y maldiciendo la hora en que por vez primera, las llevaron á los pies del confesor que se las ha robado.

No la hagais vos, señora, y vivireis tranquila, viendo crecer á vuestras hijas en la sólida virtud de las almas que aman á Dios de verdad, y cuando llegue su hora, entregádaslas inmaculadas á los amores de sus esposos, que, cualesquiera que sean sus opiniones religiosas, celebrarán encontrar sus almas limpias de la baba inmundada que el reptil inquisitorial del confesionario deja al deslizarse por el espíritu de una virgen.

Vuestro respetuoso amigo y servidor,

RAMÓN CHIES.

Madrid, 1895.

## Los dos buitres

Pretenden muchos naturalistas que cada especie de animales tiene su idioma particular con el que se entienden entre sí, y que esto queda demostrado por numerosas observaciones.

Además de Darwin, opina también la mayoría de los naturalistas que los animales, á quienes tenemos por mudos, poseen la facultad de comunicar sus ideas los unos á los otros; á lo menos no se duda que puedan expresar todo género de sensaciones.

Entre todos los animales, las aves son las que tienen más variedad en su lenguaje.

Un pastor, que desde su más tierna infancia había pasado su vida entera en los bosques de Bohemia, asegura que después de larga atención llegó á comprender el idioma de las aves existentes en aquellos bosques, y cuenta la siguiente historia, sobre cuya verosimilitud no adelantamos juicios á nuestros lectores.

—Estando yo sentado cierto día (decía él) en la cueva de un peñasco solitario, guardando las ovejas que pastaban en un profundo valle, oí cómo platicaban dos buitres en una roca inmediata; ambos hablaban, al parecer, seriamente y con gran reflexión, lo cual aumentó mi curiosidad. Dejé por un rato el rebaño á la buena ventura, trepé despacio y silencioso de peña en peña, cuidando de ocultarme debajo de los arbustos, y llegué por fin al hueco de una roca, desde donde podía oír, sin ser visto y cómodamente sentado, el discurso de las aves parlantes.

Pronto colegí que no quedaría sin recompensa mi fatiga, pues vi por la hendidura de un peñasco que un anciano buitre daba lecciones á un su hijo que aun no había salido del nido. Le explicó difusamente la manera de vivir de los buitres, antes de que en su compañía emprendiese el primer vuelo á las alturas de los montes Cárpatos.

—Hijo mío —le decía el buitre anciano,— gran parte de la instrucción que necesitas antes de que

te aventuras á entrar en el gran mundo, la has adquirido ya realmente, y mi ejemplo, que diariamente has tenido á la vista, te ha enseñado más que todas las explicaciones del mundo; síguelo y te irá bien. De mí has aprendido ya las más finas astucias de la elevada condición de los buitres; has visto cómo arrebatava las liebrezillas á pesar de sus guaridas, y cómo me apoderaba del corderito en la dehesa. Te he enseñado cómo has de hincar las garras y cómo habrás de mantener el equilibrio en el vuelo cuando vuelvas cargado con la presa. Pero, como ya sabes, hay aún carne más sabrosa, esto es, la carne humana, con que te he regalado un par de veces.

—¡Ah! —exclamó el buitre joven,— Dime, padre, ¿donde se encuentra el animal hombre? ¿en qué se le conoce? pues su carne sabe deliciosamente y está destinada sin duda por la naturaleza para alimento de los buitres. ¿Por qué no me has traído una vez siquiera un animal-hombre entero?

*El buitre anciano.*—Un animal-hombre es imposible traerle en las uñas á nuestro nido. El hombre es demasiado grande y pesado. Al encontrar un animal-hombre no podemos hacer más que arrancarle la carne dejándole los huesos.

*El buitre joven.*—Pero si el hombre es tan grande, ¿cómo te compones para matarle? Te atemorizas delante de un lobo, delante de un oso, ¿cómo no tiembles delante de un hombre? ¿O es que quizá este es un animal tan impotente, tonto é indefenso como la oveja?

*El buitre anciano.*—No somos tan fuertes como los hombres, y á veces me parece que son también tan astutos como nosotros. Rara vez, pues, pudieran los buitres, ó quizá nunca, regalarse con su carne si la bondadosa naturaleza, que ha criado al animal-hombre para nuestro alimento, no le hubiese castigado con una especie particular de rabia, por la que se distingue de todos los animales existentes en la tierra. El hombre es el único animal que mata lo que no come. Cuando chocan uno con otro dos rebaños de animales-hombres, resulta un ruido violento, tiembla y humea la tierra y los relámpagos alumbran el aire. En cuanto oigas el estruendo en la tierra y veas los relámpagos, dirígete con veloces alas á aquel paraje, pues puedes estar seguro de que allí se matan los hombres unos ó otros y preparan carne para los buitres. Hallarás la tierra humedecida en sangre y cubierta de cadáveres, los cuales están mutilados y despedazados de todos los modos posible, para mayor comodidad nuestra.

*El buitre joven.*—Pero ¿por qué no come el hombre su presa después que la ha matado? Cuando el lobo ha muerto una oveja, no sufre que la toque un buitre hasta que él se harta. ¿Por qué no hace igualmente el hombre?

*El buitre anciano.*—Ya te he dicho que el hombre es el único animal que mata lo que no come, y precisamente por esta particularidad se constituye en gran bienhechor del género buitre.

*El buitre joven.*—Y el animal-hombre, ¿se ve acometido con frecuencia por esa rabia?

*El buitre anciano.*—Sí, hijo mío; sufre ataques terribles, y á veces recorre para desahogarla grandes extensiones de terreno, guardando como oro en paño, reconcentrada su rabia, la cual conocemos por los detalles siguientes:

Primero: un número considerable de hombres, algunos de los cuales llevan plumas en la cabeza

como nosotros en el trasero, se reúnen y amontonan, y soplan algunos de ellos por unos cuernos dorados, produciendo un ruido más penetrante que el canto del gallo; los que deben ser los cabestros se colocan delante, aunque no deben ser los más ancianos, y cubren sus cuerpos todos con unas telas de color de sangre ó de agua de mar; después el rebaño sigue á los cabestros ordenadamente y se aprietan unos contra otros como una bandada de cigüeñas, y se adelantan despacio; finalmente, cuando los dos rebaños topan, agitan y desarrollan unos trapos de colores, á los cuales deben tener gran veneración, suenan los cuernos y comienzan á degollarse entre silbidos y truenos y relámpagos.

*El buitre joven.*—Quisiera saber por qué los hombres se matan. ¿No podrían dejar vivir lo que no han de comer?

*El buitre anciano.*—Queridísimo hijo, esa es ya una pregunta á que con dificultad puede responderse. Cuando yo era aún joven visitaba á menudo á uno de los buitres más ancianos y prudentes de los montes Cárpatos. Era digno de veneración, encanecido por su avanzada edad, y canonizado de ave de rapiña por haberse ocupado en ello toda su vida y hecho profundas reflexiones sobre nuestro elevadísimo ejercicio. Conocía bien el paraje donde podía hallarse presa en toda la circunferencia que se extendía desde su nido basta la distancia á que puede llegar con su vuelo en un largo día de verano el buitre más vigoroso. Todo el año se alimentaba exclusivamente con carne humana. Aquel venerable buitre no creía que el hombre fuese propiamente un animal, aunque lo parece, sino una planta dotada de movilidad... *Así como el viento tempestuoso—solía decir—sacude las ramas del roble unas contra otras para que coman los cerdos las bellotas que caen y puedan cebarse con ellas, de igual suerte los hombres se ven impelidos por alguna fuerza misteriosa unos contra otros, hasta que caen en tierra sin movimiento, á fin de que no falte alimento á los buitres.* A otros de nuestros hermanos les parece,

no obstante, que esos seres tienen una especie de convenio social. Los buitres que están más á su inmediación, y que revolotean sobre sus cabezas, pretenden que en cada rebaño de animales-hombres hay uno que manda en los demás, Este debe tener gran satisfacción en ver una carnicería. Aún no hemos podido averiguar por qué llega aquel á la importante categoría de ser jefe de los demás, pues no se distingue de ellos por el tamaño ni por la velocidad; pero bien sabemos por experiencia que es más amigo que los otros del género buitre...

En aquel momento noté que, saliendo del bosque, se acercaba á hurtadillas un lobo hacia donde pacía mi ganado y procuraba llevarse una res; por eso me apresuré á descender al valle con la prontitud posible para ahuyentarlo. Los buitres, que me observaron por el ruido que hice, interrumpieron su discurso y echaron á volar, perdiéndose de vista.

W. G.





## «Electra»

Don Benito Pérez Galdós es admirable como novelista; incuestionablemente es el primero de los novelistas españoles.

No he visto todas sus obras dramáticas, pero desde que pude admirar el segundo acto de *La de San Quintín* le tengo también por superior á cuantos hasta hoy fueron tenidos por dioses mayores del teatro español. Solo Guimerá, en su idioma propio, me parece al nivel de Galdós, y para encontrar algo que más me satisfaga he de acudir á Ibsen ó Sudermann.

En *Electra* Galdós ha puesto toda su alma de artista y de luchador, consiguiendo en ambos conceptos el mayor triunfo de nuestro tiempo. El público que asistió al estreno no pudo resistir la magia del arte sublime puesto al servicio de la idea vivificante, y el entusiasmo llegó á lo increíble. Durante los primeros días parecía que iba á producirse una verdadera revolución.

El gobierno se asustó y los elementos reaccionarios pudieron creer llegada la hora de su derrota definitiva. Los periódicos clericales dieron el más significativo espectáculo de rabia y de impotencia. He leído párrafos hermosísimos como *casos patológicos*. Hasta *El Grano de Arena*, el periódico más iliterario que se escribe en España, ha calificado la obra: *un horror en cinco actos y mala prosa*.

Si los católicos españoles contaran con un escritor que pudiese compararse á Galdós en alguna de sus grandes cualidades, nos atronarían los oídos con su nombre. Un novelista pueden mostrar, el autor de *Pequeñeces*, y éste no pasa de la segunda fila y la fama de su libro más se debió á ciertas alusiones, verdaderas ó falsas, contra elevados personajes que á las condiciones artísticas de la novela. Desde entonces, nada; el Espíritu Santo inspira muchas imprecaciones contra el liberalismo, pero no se mete en literaturas.

¿Qué más? He oído alabar la profundidad científica de quién todavía tiene por *sensacional é irrefutable* la frase cómica de Brunetiere sobre *la bancarrota de la ciencia*; y goza fama de excelente retórico uno que dijo, en ocasión solemne, de los grandes trasatlánticos que *corren como galgos*. Después de aplaudir y ponderar y poner ésto por encima de las nubes, se está verdaderamente en condiciones de afirmar que *Electra* es un *horror* y que Galdós escribe *mala prosa*.

Se comprende que los clericales no esten contentos. Creían que el pueblo español había perdido todas sus energías vitales, que era un pueblo muerto y España un vasto cementerio, propósito para ir repartiendo en toda su extensión significativas cruces, colocadas en lo alto de fúnebres conventos, únicos edificios dignos de la desolación y ruina en que los hombres negros del clericalismo pretenden acabar de hundirla. Y se han llevado chasco.

España no quiere morir; el pueblo español quiere vivir la vida de la civilización, sacudiendo, en cuanto se lo permitan las circunstancias, el yugo opresor que le impide ponerse al nivel de los otros pueblos europeos. Bien ha demostrado estos días en Madrid, Santander, Zaragoza,

Granada, etc. etc., que conoce cual es su principal enemigo.

Los clericales han visto ésto; han visto que el espíritu liberal está latente, pero firme y seguro, en el corazón de los pueblos; que crece de día en día en los vejados y oprimidos el afán de protesta y de rebelión; que para manifestarse los sentimientos de la gran mayoría solo esperan ocasión favorable; y que estas ocasiones no podrán prevenirse por los gobiernos, ni tendrán estas energías suficientes para detener el avance de los elementos populares el día que se lancen á la acción concertados y convenientemente preparados.

Para que se vea el terror que produjeron en los reaccionarios los sucesos que siguieron el estreno del drama de Galdós, copiaremos algunos párrafos del mismo *Grano de Arena*, bisemanario del Corazón de Jesús:

—LA ELECTRA.—Este es el título de una obra dramática é impía que acaba de estrenarse en el teatro Español de la corte, debida á la pluma del Sr. Pérez Galdós, y que ha dado ocasión á una algarada monstruosa por sus ribetes anti-religiosos y sus tendencias librepensadoras, hasta el punto de verse obligadas las señoras á retirarse del teatro, en vista del escandaloso motín y del vocerío espantoso que se produjo contra la Religión católica y sus ministros.

No nos cansemos en predicar en desierto. En la corte, lo mismo que en provincias, el viento de la impiedad lo invade todo, y por mas que los católicos queramos oponernos á la corriente avasalladora, no podremos en manera alguna, por carecer de piedra fundamental que apoye y proteja los muros que levantamos á fuerza de trabajo, de fe y perseverancia.

Hemos quedado reducidos á débiles cañas que troncha la más ligera brisa, porque nos hallamos á la intemperie sin protección ni amparo.

Hasta que Dios quiera.

Tiene razon *El Grano de Arena*. La fé ha muerto, porque carecía de base, de piedra fundamental. El viento de la impiedad lo invade y purifica todo, lo mismo en la corte que en provincias, en donde quiera que haya hombres que piensen y se tomen la molestia de razonar un poco. Los católicos no podrán impedirlo por más que hagan; carecen de prestigio, de fuerza moral; tienen el dinero y la influencia gubernativa, pero ésto es poco si se compara con los medios que poseyeron en tiempos pasados y que se han perdido y siguen perdiéndose cada día más. Su fuerza estaba en que los pueblos creyesen al cura ciegamente y se dejasen esquilmar sin protesta, con resignación de ovejas; ésto se va acabando: Roma solo es hoy una gran casa de banca que amenaza quiebra: especula con la fé de los pueblos y ya se va agotando la mina.

Todo ésto se había dicho muchas veces, pero bueno es que los mismos católicos se vayan enterando.

Grande ha sido el triunfo de Galdós como artista; pero mayor gratitud le debemos por haber dado ocasión á manifestaciones tan consoladoras.

Regocijense los que sienten el verdadero arte, el arte humano, rebotante de vida, cuando *Electra* desde el patio del convento oye los cantos y las risas de los niños que juegan fuera y exclama:

«No hay angeles, no, no... Oigo mi nombre, oigo el bullicio de los niños, que remueve toda mi alma. Son los hijos del hombre que alegran la vida.»

Pero los hombres de acción preferirán siempre aplaudir las palabras de Máximo que grita:—

«Hay que quemar esta casa», refiriéndose al convento.

Este último consejo seguirá el pueblo español en cuanto pueda.

Porque sabe que el poder religioso es enemigo de su bienestar y que mientras existan triunfantes y dominadores los conventos, serán inútiles los esfuerzos de los hijos de los hombres para alegrar la vida.

M.

## José Antonio Gonzalez

Ha muerto.

Mejor dicho le han hecho morir.

Vivió entre nosotros algunos meses ganándose las simpatías de todos. Joven, valeroso, entusiasta del ideal, era imposible tratarle y no sentir hacia él la simpática atracción que ejercen los corazones generosos y sinceros que llevan á la boca los sentimientos sin disfraces de palabras engañosas.

Firmaba sus escritos con el pseudónimo *José Vidal*, porque su situación en el ejército no le permitía escribir con su nombre. Pero todos le conocían, todos sabían que *José Vidal* era el sanitario enfermo, anémico, que necesitaba aire, sol, libertad, buena alimentación, y á quien la maldad imperante condenaba á consumirse de calabazo en calabozo.

¿Su delito? Nunca fué condenado legalmente. Arrestos, prisiones, preventivas, y luego, cuando había perdido fuerzas y energías con el duro régimen de reclusión, entonces se le declaraba inocente.

Salió de Mahón en uso de licencia para Málaga, con objeto de que mejorase su salud comprometida. Apenas llegado allá le encerraron en un calabozo húmedo y de pésimas condiciones. Conservamos cartas suyas en que nos anunciaba su muerte próxima, que ya era inevitable.

Salió por fin del calabozo, aquí le esperábamos, pero no pudo llegar. Tuvo que ingresar en el Hospital Militar de Valencia y en él apagó el último aliento de su vida. La reacción pudo matarle, pero no le hizo ceder un punto de sus convicciones.

Guardemos su memoria á fin de tenerle presente en el día de las justicias.

## LA HONRA

(Fragmento del drama «DIE EHRE»)

Trast.—Lo que llamamos... ó más bien dicho, lo que ciertas personas llaman honra, nó es más que un convencionalismo. Hay tantas especies de honra como clases sociales, como pueblos, como....

Lotario.—Se engaña usted deplorablemente, señor conde. No hay más que una honra, como no hay más que un sol, como no hay más que un Dios.... ¡Oh! ¡La honra!

Trast.—Bah, bah... Me permitirán, señores, que les cuente una historia. En uno de mis viajes por el Asia Central, llegué á la morada de un magnate thiberiano; tembloroso, avergonzado, penetré dentro del palacio de aquél noble. Mi hombre recibíome con gran cortesía, haciéndome sentar á su lado, bajo una especie de trono. Después me presentó á su mujer, una joven hermosísima. «Descansa extranjero—me dijo con tono solemne—Mi mujer irá á prepararte un baño. Luego pasáremos al comedor» Dicho esto, me entregó á su esposa... La joven fué sagrada para mí... ¿Que quieren ustedes? ¡Resabios de mis costumbres europeas!... Cuando llegué al salón donde debía celebrarse el banquete, vi que los dependientes y servidores de tan importante personaje, blandían sus armas, pidiendo á voces mi cabeza. «Despreciaste—me dijo el caudillo thiberiano—la más preciosa joya de mi palacio; vés á morir». Claro que ustedes, señores, ven que aun estoy vivo.... Fui perdonado, en atención á que los bárbaros europeos no sabíamos siquiera lo que viene á ser la honra.

(Todos sueltan la carcajada.)

Trast.—Sentiría que ustedes me tomasen por ligero; los sentimientos morales siempre son dignos de respeto. Mas es el caso que la honra, tal como aquí la comprendemos, es tan solo patrimonio de muy pocos... Podemos considerarla como un objeto de lujo, que pierde su valor á medida que se va descendiendo en la escala social.

Lotario.—El señor hace burla de la honra; está bien... es una opinión. Mas si prescindimos de ella, entonces qué pondremos en su lugar?

Trast.—El deber.

Hermann Sudermann.